

## CAPITULO II

### Dryden.

- I.—Comienzos de Dryden.—Fin de la edad poética.—Causa de las decadencias y de los renacimientos literarios.
- II.—Su familia.—Su educación.—Sus estudios.—Sus lecturas.—Sus costumbres.—Su situación.—Su carácter.—Su público.—Sus amistades.—Sus querellas.—Concordancia entre su vida y su talento.
- III.—Reapertura y transformación de los teatros.—El nuevo público y el gusto nuevo.—Teorías dramáticas de Dryden.—Su juicio sobre el antiguo teatro inglés.—Su juicio sobre el nuevo teatro francés.—Composición heterogénea del suyo.—*El Amor tiránico*.—Grosería y rudeza de sus personajes.—*El Emperador de la India*, *Aurengzebe*, *Almanzor*.
- IV.—Estilo de este teatro.—El verso rimado.—La dicción florida.—Los alardes doctorales.—Desacuerdo entre el estilo clásico y la acción romántica.—Cómo Dryden reanuda y bastardea las invenciones de Shakespeare y de Milton.—Por qué no ha prosperado este drama.
- V.—Méritos de este drama.—El carácter de Antonio, el de Octavia y el de Ventidio.—*Otway*.—Su vida.—Sus obras.—*La Huérfana*, *Venecia salvada*.
- VI.—Dryden escritor.—Indole, esfera y límites de su talento.—Su torpeza en la lisonja y la licencia.—Su pesadez en la disertación y la discusión.—Su vigor y su honradez profunda.
- VII.—Cómo la literatura se aplica en Inglaterra á la política y á la religión.—Poemas políticos de Dryden: *Absalon* y *Achitophel*, *La Medalla*.—Poemas religiosos de Dryden: *Religio Latici*, *La Cierva y la pantera*.—Acritud y virulencia de esos poemas.—*Mac Fleknoe*.
- VIII.—Aparición del arte de escribir.—Diferencia entre la forma mental de la edad artística y la forma mental de la edad clásica.—Procedimientos de Dryden.—La dicción elevada y oratoria.
- IX.—Falta de ideas generales en esta edad y en esta forma men-

tal.—Sus traducciones.—Sus refundiciones.—Sus imitaciones.—Sus cuentos y sus epístolas.—Sus defectos.—Sus méritos.—Seriedad de su carácter, vuelos de su inspiración, accesos de elocuencia poética.—*Oda á la fiesta de Santa Cecilia*.  
X.—Fin de Dryden.—Sus miserias.—Su pobreza.—Cómo es incompleta su obra.—Su muerte.

La comedia nos ha llevado muy lejos; hay que retroceder y considerar los demás géneros. En el centro de la gran corriente se mueve un espíritu superior; en la historia de ese talento se verá la historia del espíritu inglés clásico, su estructura, sus lagunas y sus facultades, su formación y su desarrollo.

## I

Se trata de un joven, lord Hastings, muerto de viuelas á los diez y nueve años.

«Su cuerpo era un orbe, y su alma sublime, se movía alrededor de los polos de la virtud y del saber... Ven, sabio Ptolomeo, y prueba á medir la altura de ese héroe... Las pústulas henchidas de orgullo que brotaban al través de su carne, como capullos de rosas, hundíanse en su piel de azucena. Cada manchita roja encerraba una lágrima para llorar la falta que cometía al nacer; ¿ó eran quizá diamantes destinados á adornar su cutis, estuche de un alma interior más rica aún? No fué menester ningún cometa para predecir ese cambio, puesto que su cadáver podía pasar por una constelación.»

Con esas lindezas se anunció Dryden, el poeta más grande de la edad clásica inglesa.

Tales enormidades indican el fin de una edad lite-

raria. El exceso de la necedad en poesía, como el exceso de la injusticia en política, trae y predice las revoluciones. El Renacimiento, desenfrenado é inventivo, había entregado las almas á los arrebatos y caprichos de la imaginación, á las rarezas, curiosidades y desenfados de la fantasía, que no se preocupa más que de satisfacerse, que tiene sed de novedades y singularidades, y que ama la audacia y la extravagancia, como la razón ama la exactitud y la verdad. Apagado el genio, quedó la locura; extinguida la inspiración, no quedó ya más que el absurdo. Antes el desorden y el fuego interior producían y disculpaban los *concelli* y las extravagancias; después se produjeron en frío, por cálculo y sin disculpa. Antes, esas cosas expresaban el estado del espíritu; después le contradijeron. Así se cumplen las revoluciones literarias. La forma que no es ya inventada y espontánea, sino imitada y transmitida, sobrevive al espíritu pasado que la engendró, y contradice al espíritu presente que la destruye. Esa lucha previa y esa transformación progresiva componen la vida de Dryden, y explican su impotencia y sus caídas, su talento y sus éxitos.

## II

Sus comienzos forman un contraste notable con los de aquellos poetas del Renacimiento, actores, vagabundos, soldados, que pasaron por todas las vicisitudes y miserias de la vida activa. Nació hacia 1631, de una buena familia: su abuelo y su tío eran barones; sir Gilberto Pickering, pariente suyo, fué dipu-

tado, miembro del consejo de los Veintiuno bajo Cromwell, y uno de los altos funcionarios de la nueva corte. Dryden fué educado en una excelente escuela, en casa del doctor Busby, entonces célebre; después pasó cuatro años en Cambridge. Habiendo heredado, por muerte de su padre, un pequeño dominio, no usó de su libertad y de su fortuna sino para persistir en su vida estudiosa, y se encerró en la Universidad otros tres años. Se ven aquí los hábitos regulares de una familia honesta y acomodada, la disciplina de una educación sólida, la afición á los estudios clásicos y completos. Tales circunstancias anunciaban y preparaban, no un artista, sino un escritor.

Yo encuentro las mismas inclinaciones y los mismos signos en el resto de su vida privada y pública. Pasa las mañanas regularmente, escribiendo ó leyendo; después come en familia. Sus lecturas son las de un hombre instruido y de un espíritu crítico, que apenas piensa en divertirse ni inflamarse, sino que aprende y juzga. Virgilio, Ovidio, Horacio, Juvenal, Persio, son sus autores favoritos. Traduce á varios; tiene sus nombres sin cesar en los puntos de la pluma; discute sus opiniones y su mérito; se nutre de esa razón que los hábitos oratorios han impreso en todas las obras del espíritu romano. Está familiarizado con las nuevas letras francesas, herederas de las latinas, con Corneille y Racine, con Boileau, Rapin y Bossu; discurre con ellos, á menudo como ellos; escribe con reflexión, y no deja de aderezar alguna buena teoría para justificar cada una de sus nuevas obras teatrales. Salvo algunas inexactitudes, conoce muy bien la literatura de su nación, señala su rango á los autores, clasifica los géneros, se remonta hasta Chaucer, á quien traduce y rejuvenece. Así pertrechado, va á sentarse por la

tarde al café de Will, que es la gran tertulia literaria; los poetas jóvenes, los estudiantes que salen de la universidad, los apasionados del estilo, se agrupan alrededor de su asiento, que se coloca cuidadosamente en verano cerca del balcón y en invierno junto á la chimenea, gozosos de oír una palabra de sus labios ó de tomar respetuosamente en su docta tabaquera un polvo de rapé. Es que, en efecto, es el rey del gusto y el árbitro de las letras; juzga las novedades, la última tragedia de Racine, una pesada epopeya de Blackmore, las primeras odas de Swift; todo eso, con su poco de vanidad, alabando sus propios escritos hasta llegar á decir «que jamás se ha compuesto ni se compondrá nunca una oda más bella» que la suya sobre *La fiesta de Alejandro*; pero siendo á la vez un espíritu comunicativo, amante de esa renovación de ideas que nunca deja de producir la discusión, capaz de sufrir las contradicciones y de dar la razón á su adversario. Esas costumbres denotan que la literatura ha llegado á ser una obra de estudio, no de inspiración; un empleo del gusto, no del entusiasmo; una fuente de distracciones, no de emociones.

Su público, sus amistades, sus acciones, sus luchas conducen al mismo resultado. Vivió entre los grandes y la gente cortesana, en una sociedad de costumbres artificiales y de lenguaje calculado. Se había casado con la hija de Thomas, conde de Berkshire; fué historiógrafo y poeta laureado. Veía frecuentemente al rey y á los príncipes. Dedicaba cada una de sus obras á un gran señor en un prólogo adulador escrito en estilo de criado, y que atestiguaba un comercio íntimo con los grandes. Recibía una bolsa de oro por cada dedicatoria; iba á dar las gracias á sus patronos; hacía figurar á unos bajo nombres desfigurados en su *Ensayo so-*

*bre el Drama*; escribía introducciones para las obras de los otros; los llamaba Mecenas, Tibulo ó Polión, y discutía con ellos las obras y las opiniones literarias. El establecimiento de una corte había traído consigo la conversación, la vanidad, la obligación de parecer ilustrado y de tener buen gusto, todos los hábitos de salón, que son las fuentes de la literatura clásica, y que enseñan el arte de hablar bien (1). Por otra parte, una vez en roce los hombres de letras con los hombres de sociedad, las letras descendían al terreno de las cosas mundanas y se las veía intervenir hasta en las rencillas personales. Al paso que los literatos aprenden á saludar, los cortesanos aprenden á escribir. No tardan en mezclarse, y naturalmente, se pelean. El duque de Buckingham escribe una parodia de Dryden, y pasa mil afanes para conseguir que el actor principal copie el tono y los gestos de su enemigo. Más tarde Rochester entra en la guerra con el poeta, sostiene á Settle contra él, y alquila unos cuantos bribones para que le apaleen. A más de esto, Dryden tuvo contiendas con Shadwell y otros muchos, y, por fin, con Blackmore y Jeremías Collier. Por remate, entró en el conflicto de los partidos políticos y de las sectas religiosas; combatió en pro de los tories y de los anglicanos, y después, en pro de los católicos, escribió *La Medalla*, *Absalon y Achitophel* contra los whigs, la *Religio Laici* contra los disidentes y los papistas, después *La Cierva y la Pantera* á favor del rey Jacobo II, con la lógica de un hombre de controversia y el apasionamiento de un hombre de partido. Hay harta dis-

(1) «Si alguno me pregunta qué es lo que ha refinado tanto nuestra conversación, responderé que la corte.»—Dryden: *Defensa del Epílogo de la conquista de Granada*.

tancia de esa vida militante y bullidora á las meditaciones y al desinterés de un verdadero poeta. Tales circunstancias enseñan el arte de escribir clara y sólidamente, el discurso metódico y enlazado, el estilo exacto y vigoroso, la ironía y la refutación, la elocuencia y la sátira, porque esos dones son necesarios para hacerse escuchar ó conseguir el asentimiento, y el espíritu entra indefectiblemente en una vía, cuando esa vía es la única que le conduce á su fin. Dryden entraba de suyo. En su segunda composición (1) la abundancia de las ideas precisas, la energía y la trabazón oratoria, la sencillez, la seriedad, el soplo heroico y romano anuncian un genio clásico, pariente, no de Shakspeare, sino de Corneille, capaz de hacer, no dramas, sino discursos.

### III

Y, sin embargo, en un principio se dedicó al drama; hizo veintisiete, y firmó un contrato con los actores del Teatro del Rey para entregar tres al año. El teatro, prohibido bajo la república, acababa de volver á abrirse con una magnificencia y un éxito extraordinarios. El enriquecimiento de las decoraciones, que eran móviles ya; la representación de los papeles de mujer por mujeres, no por mozalbetes; el nuevo y espléndido alumbrado de bujías; la maquinaria; la popularidad reciente de los actores, que se hacían los

(1) Sobre la muerte de Oliverio Cronwell.